



PEQUEÑA CRÓNICA DE UNA CENA

Anthón Obeso

*Una noche de verano,
festejando,
vete a saber qué,
(porque con esta gente
se festeja cualquier cosa)
nos reunimos
alrededor de una mesa
y...*

La cita fue en Donosti. Y no llegamos tarde. Sin embargo estaban ya en el cenadero, Merce, Maripi y Felipe. Todavía faltaban algunos. Había que esperarles. Entre los comentarios que surgieron en este lapso, la identificación del dueño del establecimiento, en el que nos encontrábamos, nos ocupó bastante. Bebi y Mari Nieves creían conocerle. Según ellas, tenía que ser de Rentería o de Oyarzun. José Mari discrepaba. De ser así, comentaba, seguro que él le hubiera conocido. Cuando llegaron Margari y Juan Manuel, ya con bastante retraso (estos siempre llegan con retraso) quedó desvelado el enigma cuando, Juan Manuel, le apretó en un abrazo, reconociéndole como convecino de su tiempo vivido en el barrio de Herrera.

¡Ya tenemos la cena gratis —exclamó, Juan Manuel, jocoso.

Solamente faltaban Mila y Jesús Mari. Aunque tenían que venir desde Tolosa, no era esto motivo para que su tardanza sobrepasara ya de los tres cuartos de hora, a no ser que, hubieran equivocado el lugar de la cita y anduvieran, despistados, buscando. Esto dio lugar a que la chanza alcanzara cotas de humor casi negro. Y dio lugar, también, a que, en aquellas nuestras cavilaciones, fueran mencionados Angel Mari y María Angeles (los eternos ausentes) que nos habían anunciado su inasistencia, y que ahora nos imaginábamos viéndoles entrar en el lugar. Otra cosa era lo que opinábamos de Miren y de José Luis, que comprometidos, esta vez, con una boda, seguro que añorarían esta cena organizada. Suele suceder.

Pero no era cuestión de pasarnos la noche en el simple charloteo. El olor que nos llegaba desde la cocina hacía que la espera de los tolosarras se fuera convirtiendo en un tormento. Así se expresaba Juan Manuel, aunque Loli era, todavía, partidaria de esperar. Felipe aventuraba que, seguro, los esperados estarían ya cenando en cualquier otro lugar. Y, seguro, no lejos de donde nosotros estábamos. Así que, procedimos a la elección del menú.

Llegaron Mila y Jesús Mari justo cuando la humeante sopa de ajo había sido depositada, en sus cazuelitas de

barro, sobre la mesa. Parecía como que habían estado esperando. ¿Podía ser?! Y ya no era tiempo de excusas. La sopa estaba allí ¡Y qué sopa! Preparada con las características cualidades, en gusto y sensibilidad, de una sopa de ajo de sociedad gastronómica. Pensé que era exagerado el contenido de la cazuelita de barro, pero, cuando me quise dar cuenta, la sopa estaba consumida.

Mientras disfrutábamos del exquisito rapé en salsa, y comentábamos sobre platos característicos, típicos de cada país, Felipe nos contó lo que le sucedió en un restaurante de Yugoslavia, en su reciente viaje por algunos países europeos. Felipe había pedido que le sirvieran un primer plato típico del lugar, y, después, como segundo plato, también una vianda típica. Cuando recibió el segundo plato, quedó sorprendido al ver que se trataba de la misma «sopa» que acababa de comer. Lógicamente, según su expresión, ya no era cosa de explicar intenciones.

Estábamos saboreando, como postre, de un sabroso queso de Idiazabal, cuando oímos cantar, con singulares voces, a un grupo situado en el bar del establecimiento y que, nosotros, desde el comedor, nos era imposible ver quienes podían ser. Cada vez que terminaban una de las canciones, eran calurosamente aplaudidos, tanto por los que se hallaban en el bar, como por los que nos encontrábamos en el comedor. Merce quiso saber de quienes se podía tratar y preguntó a la camarera que nos atendía.

Creo que son de la Coral de Santa Cecilia —nos dijo.

Sucedió, después, que dejaron de cantar. Volvimos a nuestra conversación. Se comentó algo, según información llegada por la misma camarera, de que los de la Coral habían tenido una actuación y que, ahora, relajándose de la tensión, tomando unas copas, cantando por simple placer, disfrutaban de la ronda.

No se puede dar fin a una cena placentera sin un buen café. Un café bien caliente, oscuro y humeante. Un café sorbido con lentitud, procurando, a la vez, que la conversación no distraiga de la atención puesta en el sabor que se está disfrutando.

Y fue después ya, cuando la conversación había recorrido todos los caminos posibles, cuando la charla comienza a fluir por remansos de tranquila complacencia, quizá, lo más posible, cuando la cháchara remite para dar paso al coloquio, que alguien dijo: Ahora que se han ido los de la Coral, vamos a cantar nosotros.

Y así fue. Iniciábamos los primeros compases de «Campanas al atardecer», cuando la puerta que daba al bar se abrió. Primeramente asomó una cabeza curiosa, y luego, dos, tres, cuatro y ... más. Luego, fueron entrando y se unieron con sus voces.

No, no se habían ido. Habían dejado de cantar, pero no se habían ido del bar. Y, ahora, al oír otras voces, se animaron de nuevo.

Luego surgieron las preguntas, los comentarios, las indagaciones.

Estas dos —contesté a quien me preguntaba, señalando a Bebi y a Mari Nieves— son de la Coral Andra Mari, de...

¡Ah, claro! —exclama con un gesto y sin darme tiempo a terminar mi explicación.

Porque, por otra parte, no cabe tiempo para explicaciones. De pronto, surge otra voz iniciando otra melodía y todo comentario queda ininterrumpido. Se suceden las canciones, tan pronto como se termina con «Maritxu norra zoaz» se inicia, de seguido, con «Gabon Alabatxo». Por un momento hay un tiempo de bromas, de chistes, y es cuando el barítono de la Coral, con su enorme bigote a lo Nietzsche, masticando su largo cigarro, me comenta, así, con la sorpresa reflejada en su rostro, la inexplicable procedencia de la chaqueta de cuadros que lleva puesta.

Yo he salido de casa con jersey. Con el jersey puesto. Y, ahora, no sé desde cuando, estoy con esta chaqueta, que no sé de quién es. Y el jersey —continúa diciendo mientras se mira bajo la chaqueta— el jersey —repite— no sé dónde está. Supongo que lo tendrá el dueño de esta chaqueta. Pero no lo veo.

Se finaliza el «Aurtxo polita seaskan dago» y se repiten los aplausos de los demás comensales presentes.

Hemos estado en la inauguración de... —comienza uno a explicarme, pero su voz se pierde en los sonidos de una nueva melodía que surge.

A ti te conozco —le espeta, de pronto, a Felipe el de la chaqueta prestada, el de los grandes bigotes.

A mí? No sé. No creo —le contesta Felipe.

¡Sí, hombre! —parece recordar—. Tú eres el que reparte los recibos de la Sociedad. Que, por cierto, mi mujer se pone frita cada vez que tiene que pagar. Encima que cantais, me suele decir, ¿además teneis que pagar?

Las carcajadas terminan cuando alguien entona el «Granada», y todos le siguen en el empeño.

Pero, luego, Nietzsche vuelve de nuevo a Felipe, queriendo salir de sus dudas.

Sí, yo te conozco de algo, seguro.

No sé —le dice Felipe— pero creo que no. Yo a ti no te he visto hasta ahora.

¡Ah, sí! —exclama Nietzsche como saliendo de dudas—. Tú eres cura, ¿verdad?

Felipe estalla en una carcajada. Y Nietzsche vuelve a su postura vacilante.

¡Pues, qué quieres que te diga, pareces... pareces...!

Y, como queriendo dar por terminado el asunto, es él, Nietzsche, quien pone su alma cantando «Valencia».

Y tú no cantas? —me pregunta, de pronto.

Bueno... yo. Yo llevo el acompañamiento a boca cerrada —le digo para evitar explicaciones, mientras se me queda mirando con un cierto asombro—. Sí —le digo para que no sólo se fije en mí— Igual que el cura —y le señalo a Felipe, al otro lado de la mesa.

Nietzsche se limita a hacer un gesto.

Luego, se vuelve a la canción rusa. Merce lleva la iniciativa. Luego Nietzsche. Y se turnan. Los demás, el acompañamiento. La melodía surge lenta, armoniosa, presionando las voces graves.

Cuatro de los comensales, que han estado allí, después de aplaudir, se levantan de sus asientos, van a salir. Son dos parejas, de mediana edad. Parecen extranjeros.

Cuando pasan junto a mí, me dice uno de ellos, quizá porque le caigo el más cercano.

—Estupendo (sí, es extranjero, quizá inglés) estupendo. Grande fiesta ¡eh! Muy bien. Mucho gustar.

Y dejó posar, por un momento, su mano sobre mi hombro.

Aquello parecía que no iba a tener fin. Una canción sucedía a otra. Como un concierto interminable. Un concierto sin programa, improvisado cada vez, surgiendo a golpe de inspiración.

Pero, como siempre sucede, llegó, también, el momento del adiós. Se entonó el «Agur Jaunak», con una cierta tristeza, con una cierta melancolía. El tiempo había transcurrido. Hubo quien, antes de despedirse, propuso un nuevo encuentro. Como siempre, el deseo de querer volver a vivir momentos de complacencia.

La noche estaba avanzada, cuando ya salimos a la calle. En aquellos últimos comentarios surgió una duda. Hubo quien dijo que eran del Coro Easo. Bueno, en fin, que más da.

Pronto sería la madrugada.

